

**Fascículo 17 – JAIRO SE LA JUEGA**  
(Mc.5, 21-24)

*“Cuando Jesús atravesó de nuevo al otro lado, gran multitud de gente se congregó adonde estaba él, y él se quedó junto al mar.*

*Llegó un jefe de sinagoga, de nombre Jairo, y al verlo cayó a sus pies, rogándole con insistencia:*

*Mi hijita está en las últimas; ven a aplicarle las manos para que se salve y viva.*

*Jesús se fue con él”* (Mc 5, 21-24).

El relato del hombre de la Decápolis ha representado una gran lección para los discípulos. Sin embargo, no se constata reacción en el grupo, sin aparecer en todo el episodio, lo cual nos lleva a suponer que siguen estancados en las mismas posiciones.

La nueva escena cierra la travesía de regreso con una escueta afirmación: *“Cuando Jesús atravesó de nuevo al otro lado”*. Si se fijan, Marcos ha redactado su comienzo eludiendo mencionar la barca. El silencio sobre los discípulos también se deja notar. Por la forma de decir, se obtiene del texto la falsa conclusión de que no han vuelto con él.

Los “con él” no están con él; ésa es la idea que transmite Marcos al renunciar a hablar de ellos y de la barca. Son muy elocuentes sus omisiones. Marcos saca provecho hasta del vacío. Miren como tampoco hace comentario sobre alguna conversación o circunstancia relevante sucedida durante el viaje de vuelta. El silencio agranda la distancia. Como único protagonista, aparece el Galileo, al que se menciona por su nombre: *“Jesús”*.

Al no mencionar ningún detalle de la travesía, conduce el interés del lector sin distracciones de una a otra orilla, donde, como en el relato anterior, los acontecimientos se desencadenarán nada más pisar tierra el Galileo.

Nuestro narrador ha enganchado sutilmente (*“de nuevo”*) con el final de la secuencia de las parábolas. Deja, pues, estacionado en el pensamiento de los discípulos la crisis desatada en la barca y la lección magistral de la Decápolis.

La expresión que cierra esta frase: *“al otro lado”*, usada por el Galileo al finalizar su discurso con parábolas (*“Crucemos al otro lado”*), establece la continuidad entre esta escena con aquel episodio.

Ahora, los sucesos ocurridos en la orilla de enfrente aportan una nueva perspectiva. Ahí, en esa orilla de la Decápolis parece situado Marcos al escribir: *“Cuando Jesús atravesó de nuevo al otro lado”*. La lección imponente del Galileo en ese lado del mar orienta la lectura de los acontecimientos que se avecinan...

Tal como Marcos la ha redactado, la sucinta frase introduce la presencia en el lugar del consabido personaje colectivo que hace su aparición de inmediato: *“una gran multitud se congregó adonde estaba él”*.

La formulación *“se congregó adonde estaba él”* o *“hacia él”* expresa movimiento de aproximación de la gente. Se trata de una multitud compuesta por gente incapaz de desligarse de sus ataduras con la institución, aunque distanciada e insatisfecha con ella. Esperan hallar en él la liberación tan anhelada. Sin embargo continúan sin comprender la lección de las parábolas. Están enquistados en su propia indecisión, dejándose avasallar tanto por el yugo institucional como por la violencia inmisericorde del imperio dominante.

La presentación de la escena termina con la frase *“y se quedó junto al mar”*. La falta de concreción para determinar si fue el Galileo o la multitud quien se quedó junto al mar debe hacernos pensar en el interés de Marcos por conducir la observación del lector hacia el conjunto formado por el Galileo y la gran multitud.

La descripción del lugar repite la misma expresión de Mc 4, 1: *“De nuevo empezó a enseñar junto al mar”*. La mención de la multitud junto al mar lleva el pensamiento del lector al comienzo del episodio de las parábolas. Es lo que quiere Marcos. Estamos, pues, en el mismo escenario que entonces, pegados a la orilla.

Marcos sitúa de nuevo a nuestro protagonista a la orilla del mar acompañado de unas masas indecisas en espera de su iniciativa. Pero no la hay en esta ocasión. Tras sus parábolas, toca a cada uno adelantarse con su opción comprometida. Así pues, el Galileo no interviene ni enseña; no hace el más mínimo comentario. Nadie de la multitud dio paso alguno. No se atreven a salir del refugio institucional.

Sin embargo, sorpresivamente, se adelanta un personaje. Entra en escena sin más preámbulos: “**Llegó un jefe de sinagoga, de nombre Jairo**”. El verbo, escrito en presente (“**llega**”), exige afinar una vez más la escucha atenta del lector ante la importancia de su movimiento.

Al personaje en cuestión se le describe bajo la fórmula: “**un jefe de sinagoga**”; literalmente: “**uno de los presidentes de sinagoga**”. El nombre (*archisinagogo*) designa el cargo de un funcionario elegido para supervisar la actividad desarrollada en el centro religioso. Su función directiva se extendía a labores de ordenación del culto. Escogía al lector y al que recitaba la plegaria; concedía la oportunidad de hacer las explicaciones sobre las lecturas a los que estaban preparados para ello; y, en general, se responsabilizaba del control de la actividad, así como del edificio donde ésta se desarrollaba.

Normalmente, cada sinagoga contaba con un solo presidente. El hecho de utilizar el numeral (“**uno de**”) en forma de artículo indeterminado, seguido del plural (“**los presidentes de sinagoga**”), alude a la categoría del personaje, por la clase relevante a la que pertenece.

Marcos ratifica que el alto funcionario actúa a título personal; aporta su identificación: “**Jairo**”. La escritura griega translitera su nombre en hebreo, bien con el significado *Él ilumina* (Dt 3, 14) o bien *Él despierta* (2 Sam 21, 19). Pero más que su significación, el nombre indica el reconocimiento de la individualidad del personaje. Si el cargo habla de su dependencia de la institución, el nombre descubre la oportunidad de declarar su autonomía adoptando decisiones libres y personales.

La actitud inicial de Jairo ante el Galileo recuerda a la del hombre esclavo de la Decápolis: “**y al verlo cayó a sus pies**”, aunque en este diferente contexto, con las circunstancias propias de este personaje, la acción contiene distinto valor. Como en aquella ocasión, la precisión, “**al verlo**”, advierte de la inmediatez de la reacción de Jairo nada más constatar la presencia del Galileo. El verbo, en el texto original en presente (“**cae**”), avisa de lo sorprendente del gesto ejecutado (“**a sus pies**”) por un hombre de tan alta condición, ante otro tan odiado por la institución a la que el primero representa.

Extraña que el presidente de una sinagoga se juegue su prestigio, cuando no su futuro, admitiendo públicamente con una disposición tan inequívoca la preeminencia del Galileo. Su asombrosa acción, todavía sin palabras, fue tan sorpresiva como elocuente. Resultaba inaudito que un hombre como Jairo, conocido por todo el pueblo, respetado por su condición honorable, gozando de prestigio por su rango oficial, con una posición social envidiable, se rebajase ante el que se había opuesto radicalmente a la institución religiosa. La gente, amarrada al temor, se quedaría de una pieza...

Desde su perspectiva oficial, Jairo conocía de sobra las características tan censurables por las que despuntaba el Galileo. Así pues, antes de otras consideraciones, la acción de Jairo manifiesta una profunda decisión individual reflexionada, que ha logrado superar los fuertes condicionantes sociales, culturales, legales e institucionales que le encorsetaban a nivel personal y le obligaban por razón de su cargo. Su postura, colocándose de parte del Galileo, le descalificaba automáticamente ante las máximas autoridades religiosas. Su elección debió ser muy bien medida, puesto que conllevaba su incapacitación y le acarrea su descrédito.

El hombre de la Decápolis pertenecía a la clase de los esclavizados; éste, a la de los instalados. Pero los dos actúan de la misma manera, con el mismo valor.

Jairo pudo hacer el gesto en privado o incluso haberlo eludido, enviando algún representante suyo. Pero no; por propia iniciativa, lo realizó públicamente en medio de la multitud. Ante la gente, sin temor a las consecuencias. Jairo dio el paso decisivo que ningún otro de los allí congregados se atrevió a dar. Su función y vinculación con el poder institucional no impidieron su opción individual de acercarse y reconocer al Galileo.

Eso representaba otra lección para los discípulos. Pero hay más, su movimiento no terminó ahí. Según Marcos, la forma de dirigirse a nuestro protagonista expresa abiertamente el convencimiento de que su proyecto contenía la definitiva liberación: “**rogándole con insistencia**”. La acción es intensa y avanza la fuerte necesidad que presentará Jairo a nuestro protagonista.

La exposición de los hechos sobre los que fundamenta su ruego da sentido a su actitud: “**Mi hijita está en las últimas**”. El diminutivo “**hijita**” transmite la sinceridad de sus sentimientos y la ternura con que se refiere a su hija. La expresión “**está en las últimas**” justifica finalmente la arrojada reacción de Jairo.

La constatación de la situación desesperada por la posible pérdida de su querida “*hijita*” ha concedido a Jairo una nueva perspectiva sobre el valor de la vida. Por eso, no le importa prescindir de todas sus dignidades. Se juega su posición y su prestigio renunciando a la estabilidad institucional. Se pone de parte del estigmatizado Galileo, sabiendo de antemano que, aunque con ello se le viene encima la inseguridad a que condena el desprecio de la institución, escoge la parte de la orilla idónea, al lado de la vida. A diferencia de la multitud, Jairo ha sabido cruzar la línea. De la seguridad de la muerte pasa a la insensatez que conduce a la vida. Un valor tan definitivo le merecía la pena.

El núcleo de su súplica lo plantea del siguiente modo: “*ven a aplicarle las manos*”.

A Jairo no le ha bastado superar el miedo al riesgo y aproximarse al Galileo. Ahora le reclama su acercamiento hasta su hijita para que la toque con sus manos. Por una parte no duda en deshonrar y manchar su casa, introduciendo en ella al excomulgado Galileo, sino que osa además instarle a plantar sus impuras manos sobre lo más valioso que tiene. La razón está en que Jairo ha sabido detectar que la dinámica del acercamiento y la fuerza transformadora del contacto humano superan los frenos impuestos por los condicionantes legales, morales y religiosos.

Jairo acepta la evidencia de que el Galileo no se detiene ni en presencia de un factor contaminante ni ante el peligro de infringir la ley, cuando en ello va la vida. Así pues, solicita implícitamente al Galileo que viole la ley y se contamine del todo tocando a su hijita. Él reconoce que, al obstruir el camino a la vida, el sistema legal obliga a su transgresión como única posibilidad de conseguirla. El presidente de la sinagoga se ha decantado claramente a favor del condenado, con lo cual se ha hecho cómplice del mensaje que transmite.

El propósito último de Jairo lo enuncia con su frase: “*para que se salve y viva*”. La utilización de estos dos verbos en lugar de solo uno de ellos, se justifica por los matices tan diferentes que contienen.

El primero: “*se salve*” comunica la idea de escapar o salir indemne de una situación peligrosa que impide el desarrollo y postra en una realidad que masacra. Jairo ha tomado conciencia, lo demuestra con su movimiento decidido, que se han cerrado todas las vías de salida para su hijita; ella se encuentra cautiva en un cepo mortal. Desea librarla a toda costa de esa situación límite.

El segundo verbo, “*viva*”, alude a la entrada en una nueva y positiva condición, inversa a la que se desea abandonar. La traducción más ajustada al original sería: “*y comience a vivir*”. Jairo no demanda una prórroga para su hijita, sino el comienzo de una existencia nueva.

El Galileo no habla. Marcos lo ha mantenido en silencio durante toda la escena para que sobresalgan las palabras de Jairo. Junto con su impresionante gesto, han debido hacer reflexionar a los discípulos y a sus lectores. Pero el narrador sí describe la reacción inmediata de nuestro protagonista, señalando su movimiento, acorde con la actitud de Jairo: “*y se fue con él*”.

La frase aparenta carencia de contenido. Pero no es así. Marcos señala la celeridad de acción que no necesita meditación previa. La maniobra del Galileo desdeña la pausa, la vacilación, la calma. Es decidida e imperturbable. No tiene marcha atrás.

Marcos termina su relato diciendo: “*con él*”, la fórmula típica para designar a los suyos.

La expresión que acompaña al verbo en la frase “*se fue con él*”, conocida suficientemente por los lectores, como hemos tenido ocasión de comprobar, concluye la escena y ayuda a comprender la postura cómplice adoptada por el Galileo. Él se pone incondicionalmente de parte de Jairo. La fórmula descarta el mero acompañamiento. Realza, por el contrario, la lealtad del compromiso personal de nuestro protagonista; un compromiso definitivo.

Marcos no nos ha dicho nada todavía de que la hija de Jairo estaba muerta. De esa circunstancia se hablará más adelante. No olviden que Marcos supedita los datos a su enseñanza; cada uno de ellos tiene un valor pedagógico en el contexto en el que se inscribe. Cuando lleguemos a ese punto, descubriremos la importancia de la noticia, tendremos conocimiento sobre quienes la transmiten y sabremos cuál es el objetivo que desean alcanzar al hacerlo...

En la escena leída, Jairo habla de su hijita aunque Marcos no refiere nada sobre ella. Cuando llegue el momento, lo hará; entonces podremos sacar las conclusiones pertinentes. Lo importante ahora es el paso dado por Jairo. Marcos sólo se interesa por su gesto. Ése fue su propósito en esta escena. Desea transmitir que Jairo se jugó todo lo que tenía a la carta del Galileo. Con su postura se solidarizó públicamente con él en su condición de excomulgado; se hizo partícipe, por consiguiente, de la hostilidad manifiesta de la institución.

Jairo dio el paso; luego habló. Fue él quien hizo el movimiento decisivo de aproximación al Galileo. Dejó atrás el miedo a las consecuencias de su acción y, ni corto ni perezoso, se fue directamente en su búsqueda, arriesgando todo lo que había conseguido hasta ese momento a cambio de la vida que aquel hombre proponía en su proyecto.

Tenía un motivo. Su hija estaba en una situación de extrema gravedad. Estamos hablando de una situación desesperada. Jairo supuso otra lección para los discípulos: ver que alguien representativo de la institución prefirió reconocer al hereje ante la dramática situación de su hija, tuvo que hacerles pensar.

Jairo rompió la red religiosa para salir en busca de la vida.

Sea como fuere, Jairo, como el hombre de la Decápolis, representa un modelo de actuación emocionante. De todas formas, si aún no ha terminado su historia, habrá que esperar para ver qué quiere transmitir Marcos a través de este personaje.